

Claire Guerin-Lesueur

Cuando la Escuela se
acercas a los niños

Cuadernos MEL

3

Introducción

Desde 1980, siete Hermanos y unos cuarenta colaboradores seculares decidieron dedicarse a una obra social, educativa, pedagógica, dirigida a una población muy marginada de Francia: los gitanos, los cingaros.

Esta población, llamada Gente Itinerante, tiene una tradición nómada y acepta difícilmente sedentarizarse; desde hace siglos se niega a la integración pura y simple en la sociedad francesa. Rechaza el medio integrador por excelencia, la Escuela.

Los lasalianos tuvieron en cuenta este rechazo e imaginaron otro tipo de acercamiento a esta gente. Puesto que los gitanos no venían a la Escuela, la Escuela iría a ellos. Sencillamente. Teniendo en cuenta su forma de vida: la caravana familiar, las zonas específicas de aparcamiento, la trashumancia... pero también, su deseo de leer la Biblia, de escribir, de situarse en los vericuetos administrativos, aprender a conducir, a dialogar con los sedentarios... exorcizar los tradicionales miedos recíprocos.

Hermosa aventura con una población tan especial, apasionante, difícil.

Pero, hermosa aventura que despierta un interrogante impotente. ¿Cuál es el papel de la Educación?:

- ¿proteger las culturas?, ¿cómo?, ¿hasta dónde?
- ¿favorecer la integración social?, ¿hasta dónde?, ¿por qué?
- ¿integración?, ¿asimilación?

Claire Guerin-Lesueur, madre de dos niños, consagró los doce primeros años de su vida profesional a los hijos de los Itinerantes. Aceptó compartir con nosotros, en este cuaderno, su experiencia educativa. Nos sumerge en un universo poco conocido, el de los más pobres. Nos lo hace amar.

A través de su relato surge una forma de escuchar, de convivir, de servir con respeto y espíritu de adaptación. Encontramos una forma lasaliana de vivir hoy la misión educativa.

Este testimonio se nos ofrece para que la mirada con la que observamos -personal o colectivamente- nuestra propia realidad educativa se afine y enriquezca.

Gracias Claire.

F. Nicolas Capelle

Hace ya doce años que comencé esta aventura con la Gente Itinerante en el departamento del Val-d'Oise, como maestra dentro de la A.S.E.T. Este compromiso profesional fue para mí un espacio formativo: **Encontrar, Escuchar y Arriesgarse** en un trabajo junto a una población muy marginada.

Cada vez que se presentaban zonas de Itinerantes dentro del bienestar de la vida parisina esto me incitaba a mirarlos, a manifestar mi opinión, a tomar viva conciencia de que otros, los más pobres, los sin voz, estaban muy cerca de nosotros. Voy a esforzarme en aclarar y hacer accesible esta experiencia en las siguientes páginas .

Encontrar: en el primer capítulo se trata de evocar, después de doce años, los rostros de algunas familias con las que me he encontrado. Se trata a la vez de recordar, homenajear con respeto y amistad y reconocer que lo fundamental de esta experiencia se desarrolla en la relación establecida y prolongada.

Esa evocación de rostros humanos desearía devolver la dignidad a todas las familias, llevar al lector al respeto y al silencio, hacer desaparecer las conclusiones precipitadas y las generalizaciones: ¡dar la importancia que se merece a esas vidas que tanto me enseñaron! Cada uno de esos rostros es descrito en un determinado momento "T" de nuestro encuentro.

¹A.S.E.T: Asociación para la Escolarización de los Niños Gitanos y otros jóvenes con dificultades. El anexo 2 presenta la Asociación.

²Este documento ha sido elaborado a partir de un trabajo de 120 páginas en el que fui recogiendo mi experiencia profesional dentro de la A.S.E.T. Para todo tipo de información, pueden contactar conmigo en la dirección: Claire Lesueur - Route de Félines - 26160 Pont-De-Barret

Que el lector tenga cuidado para no buscar e introducir sentimientos que no me corresponden: la preferencia o el juicio. Que nadie se olvide de que el cingaro o el gitano no es como nosotros, y que por eso, lo que a veces juzgamos de forma negativa no lo es para él. A medida que leemos estas páginas, podremos descubrir las etapas recorridas por cada una de las familias descritas y captar cada vida como diferente y única, pero al mismo tiempo los aspectos que les unen: una libertad desmesurada que siempre se nos escapa y la belleza de su coraje cotidiano.

Escuchar: el segundo capítulo se interesa por el proceso educativo y pedagógico puesto en práctica con esta población.

Arriesgarse: el último capítulo presenta la elección profesional realizada como un riesgo que supone ciertas condiciones fundamentales para que el encuentro y por consiguiente el trabajo tengan éxito.

ENCONTRAR:

Tilita, la soledad.

Recuerdo una llamada telefónica de una joven Itinerante, amiga de Tilita, un domingo por la noche hacia las 23, cuando Tilita acababa de dar a luz a Melia. Los que habían llevado a las dos mujeres al hospital, al servicio de maternidad, se habían olvidado de volver para recoger a María que no podía quedarse a dormir allí. Fui pues a buscarla para llevarla a su casa, dejando a Tilita sola con su hija recién nacida. Por otra parte ya tiene seis niños: cuatro varones, dos chicas: Tinín, Tintín, Cuacuá, Tito, Nunú, Fifi.

Después de este primer encuentro con Tilita y su hija, intenté dar con ella otras veces, consolidar lo mejor posible el trabajo con sus hijos, establecer una relación de confianza.

Emplazamientos soportados y vida en grupo:

Durante varios años, encontré a Tilita viviendo con un grupo importante de cíngaros, todos ellos primos a causa de alianzas matrimoniales, sumergidos en dificultades de todo tipo: salud, empleo, dinero, estacionamiento, escolarización.

Con ese mismo grupo vivía también la Toda, hermana de Tilita. Siempre la encontraba triste, amargada con respecto a los demás; estos la despreciaban y se aprovechaban de ella cuando recibía el subsidio familiar para sustraerle el dinero. A menudo me quedaba asustada por la falta de solidaridad entre las familias. Una se imaginaba que se ayudaban entre ellas y descubrí que nadie quería llevarla a correos para que cobrara su dinero, ni dejarle un sitio en su camión para que fuera a sus compras o a la lavandería.

Así que encontré a Tilita en un antiguo solar para obreros de fábricas, donde, abandonada y sin fuerzas para hacer frente a sus hijos, los dejaba mendigar por donde fuera unas monedas de diez francos. Tito había conseguido distraer la atención de una mujer portuguesa a la vuelta de sus pequeñas compras y le había robado su cesto de la compra junto con la bicicleta de su hijo.

Una tarde que acababa de recibir una cantidad de dinero importante después de un reajuste del subsidio familiar, a Tilita sus familiares le robaron la bonita suma de treinta mil francos. Este

episodio la despertó de su situación con respecto a sus parientes. Poco a poco, una ruptura iba a realizarse. Fue a parar por entonces junto a su hermana que ocupaba ilegalmente un jardincito agrícola. Tilita había invertido en una parcela vecina. Había allí un pequeño refugio de hormigón de unos cincuenta metros cuadrados, abandonado. Lo fue arreglando: cortinas en las ventanas, una mesa, un sofá, unas sillas, una cocina, todo ello recuperado por uno u otro lado. ¡Algo con qué recobrar las ganas de vivir! Cada día, preparaba legumbres, sopa para los niños e iba arreglando su pequeña vivienda. Expresaba así algo que conectaba con su deseo profundo de dar con aquello que la hiciera a la vez más digna y más feliz: un terrenito, una casita para estar tranquila en su hogar.

Esta sencilla alegría cotidiana se derrumbó cuando sus sobrinos, aprovechándose de su ausencia, penetraron en su cabañuela y la prendieron fuego. Ese día, comprendió definitivamente que no tenía nada que hacer junto a aquéllos que le hacían tanto daño.

Ubicaciones solitarias con otra mujer aislada:

De tener que sufrir, Tilita prefirió sufrir sola a ser despreciada. Así que se fue a vivir en un sombrío patio de una fábrica, con Nonona, otra mujer sola con cinco hijos. Las dos se arreglaron para tener una autorización de aparcamiento en la ciudad. ¡Había que conocer el sitio para dar con ellas!

Al borde del Sena, un amplio portal se abría ante un triste patio al que daban unos viejos edificios en parte abandonados. Tilita decía: "*Tengo miedo de que se quejen de nosotras*". He vuelto periódicamente a ese sitio. No hay que abandonar a los más aislados, los más necesitados, es otro mensaje que se percibe en este trabajo.

Sin embargo un día, detrás del portal, encontré el patio vacío. Yendo de aquí para allá, en aquel mismo sector de fábricas, la mirada y el instinto me guiaron por casualidad hacia otro patio. Alzándome sobre la pared para dar una ojeada al interior, reconocí la cara de Tilita inclinada sobre un fuego de chatarra.

Ella y sus hijos vivían ahora con Fernanda. Esta última vivía sola con su hijo y subarrendaba una casucha en esta fábrica; a cambio, tenía por misión vigilar el lugar. Valientes, las dos mujeres se pusieron a trabajar para alimentar a sus hijos y pagar el alquiler.

Trabajo duro, trabajo de hombres, recogían chatarra y quemaban los metales que revendían a continuación. Cuacuá, Tito y el hijo de Fernanda les acompañaban en esta tarea. *"Puesto que hay que comer, tenemos que trabajar"*, me espetó Tilita.

Durante ese tiempo, Nunú cuidaba de los más pequeños, en aquella construcción fría y húmeda en la que todo el mundo había encontrado un refugio lleno de la humanidad de Fernanda que ofrecía su techo.

Esta etapa fue importante en la vida de Tilita. Marcó un desarrollo de energía: como si surgiera una conciencia y una confianza de que se va a salir del atolladero. El ejemplo de Fernanda, fraterna, enérgica, levantándose muy de mañana para ir a trabajar debió de ser una de las principales razones. Esta etapa fue corta pero formativa. Algún tiempo después volví de nuevo; encontré el portal cerrado con cadenas y el patio vacío.

Estacionamientos con proyectos personales:

A continuación, Tilita se estacionó a veces sola, a veces en compañía con otras familias, pero desde entonces, siempre con una voluntad y un orgullo firmes. En este período, elaboraba proyectos: buscar un terreno, alquilar una casa, separarse de los que le impedían vivir, organizar su vida de otro modo, ofrecer a sus hijos algo de bienestar: agua corriente, ducha, espacios calientes, escuela diaria.

En el terreno de ciclocross donde se estacionó durante varios meses, un día, un incendio destruyó su pequeña "caravana cocina" y estropeó bastante su "caravana dormitorio". Tito que debía vigilar el sitio durante una tarde lluviosa y húmeda de otoño, cargó demasiado la estufa de leña y causó el incendio. Gracias a Dios nadie terminó herido. Los bomberos y la policía estuvieron en el lugar y constataron el desastre y, sobre todo, la promiscuidad que esta familia de seis personas tenía que aguantar. Pero esto no pareció preocupar demasiado a nadie. La dejaron recoger los restos todavía calientes, arreglar la puerta y las ventanas de la caravana con algo de tela, tablas y cartones y, continuar su existencia. Al visitar a Tilita unos días después de este dramático suceso, me llamó la atención su valentía, y el hecho de que este acontecimiento no le agobiara especialmente. En tiempos pasados, esta desgracia la hubiera hundido, encerrándola sobre sí

misma, haciéndola rumiar su tristeza, molestándola el menor movimiento de sus hijos y contando enteramente con la ayuda externa.

Hablando con ella comprendí lo que contribuía a darle fuerza. Descubrí el secreto de su corazón: "No lo digas, habría muchos envidiosos, pero él ha vuelto". «Él», su marido Luis. Así pues, su existencia volvía a tener sentido. Los niños se transforman física y socialmente: se abrieron y parecieron por fin serenos y tranquilos. La vuelta de Luis reforzó los proyectos de autonomía familiar.

Unos meses más tarde, eligieron domicilio al borde del campo y cerca de una granja. Al principio, rodeada de otras familias, a continuación, Tilita sola en ese terreno pero feliz de estar así. De hecho, cuando el lugar se volvió insalubre e impracticable, las demás familias se fueron de allí, so pretexto de que había demasiado barro y desechos.

Tilita y los suyos hicieron otra elección. Limpiaron completamente los lugares y se adueñaron del sitio con intención de permanecer. Ese reflejo de limpiar la porquería que han dejado otros es raro entre la Gente Itinerante. En general, se limpia su casa, nunca la de los demás. Tampoco se hace sentir a los otros lo que estropean, destruyen o no respetan. Toda la familia participó en la superlimpieza del terreno. Para proteger la intimidad, Luis y sus hijos trajeron algunos colchones y los distribuyeron en diversos sitios para que ninguna caravana externa volviera a ese lugar.

Pero el mundo de los alrededores es hostil: los dueños del lugar se aprovechan de la soledad de la familia para imponerles su marcha, ¡sin olvidarse de convocarles ante el tribunal!

Nanú

Cuarto hijo de una familia gitana de seis (cinco varones y una chica), Nanú llama la atención por su lucidez con respecto a su entorno, sus aspiraciones y sus ambiciones. Sabe leer y escribir. Tiene conciencia de la actitud, a veces pasiva, que su madre mantiene ante la miseria y de lo que hace falta para salir de ella: trabajar diariamente, atenerse a lo que se dice, romper con la costumbre de la asistencia exterior. Nuestro encuentro comenzó un día que llegué temprano al sitio donde vivían, hablé mucho con él. Después del intercambio me confesó que quería a toda costa vivir de otro modo. Es el primero de "nuestros" alumnos adoles-

centes de Antenas Móviles que ingresó en una escuela: la escuela Óscar Romero³. Rápidamente, se le propuso un período de prácticas. Nanú soñaba con una formación de panadero. Se le envió a una panadería. Fue una transición imposible entre su vida y este oficio (o quizá entre su vida y cualquier otra obligación profesional). No lograba despertarse por la mañana, llegaba todos los días a las diez a la panadería, no aguantaba que el amo le hiciera notar su retraso. Rápidamente, terminó por no ir al lugar de las prácticas y, de la misma forma, se alejó rápidamente de la escuela.

De vuelta con su madre, vivió a veces con ella, a veces con su padre. Éste le daba los medios para que pudiera sacar el permiso de conducir. Eso le motivó para trabajar. Iba de aquí para allá con su padre, su hermano Lolo, su tío Juan. También encontraba algunos “arreglos y negocios” para conseguir dinero por otro lado. Entonces conoció a Sandra, una joven sedentaria malgache, bachiller y que ya tenía un trabajo. Juntos tendrán dos hijos y Nanú empezará una vida sedentaria: piso, guardería infantil, trabajo diario de Sandra. ¿Qué ocurrió entre ellos? Sandra se cansó pronto de la actitud de Nanú que vivía de su trabajo. Nanú por su parte le acusaba de escuchar siempre a su madre que no paraba de rebajarle. Más tarde, Sandra se iría con otro hombre.

Nanú volvió entonces con su madre, triste y violento. Se enfadaba con todo el mundo, conducía a toda velocidad por caminos socavados. Sus dos hijos le vinculaban a la vida. Se mantuvo unido a ellos, hizo todo lo posible para verlos y obtener su custodia. Finalmente lo consiguió. Más tarde formó pareja con una de sus primas, Lola. Esta última ya tenía dos hijos de dos padres diferentes, que la habían abandonado. Esta relación no duró. Nanú no hablaba de ella más que en términos interesados: “*Con Lola, se obtienen los subsidios familiares y los de madre soltera.*” ¿Terminará asentándose Nanú algún día? ¿Será capaz de perseverar un mínimo en las obligaciones de la vida y del trabajo? ¿Hay tal diferencia entre lo que dice, su toma de conciencia y sus actitudes! Cada vez, después de sus fracasos, vuelve donde su madre o pasa algún tiempo con su padre.

³ La escuela Óscar Romero es una pequeña estructura de puesta a punto escolar y de búsqueda de orientación profesional para jóvenes que abandonan el sistema reglado. La crearon los Hermanos.

Catana

Mi encuentro con Catana (la hermana de Nanú), llevaba la esperanza de una liberación, o al menos de una brecha que se abre en ese contexto cultural y étnico tan hermético.

Catana es la única hija de esta hermandad de cinco chicos. Su madre Chunchu, perdió una niña hace unos veinte años, a causa de una meningitis. Durante un año más o menos, tuve a Catana junto a sus hermanos, primos y primas en mi camión. Con ella aprendí a mirar más allá de esa relación algo brutal y provocadora de la adolescente que teme no ser vista, ni escuchada, ni comprendida. Cada vez que me encontraba con ella, había que reiniciar la relación, romper ese primer momento siempre algo brusco. Poco a poco tuvimos intercambios más profundos que me dieron a conocer su mundo cotidiano: ayudar a su madre y sus hermanos, parecerse a lo que su ambiente exige de ella. Su ambiente, es decir, sus hermanos, sus abuelos maternos gitanos y por encima de ellos, la influencia de su madre. Una chica debe ayudar en la caravana, después, casarse con un gitano, no realizar ningún proyecto de emancipación, no superar a sus hermanos en conocimientos e iniciativas, conservar las tradiciones gitanas. Catana me comentó sus sueños, sus deseos: ir a la escuela y escuchar a su cantante preferido.

Luego, le propuse ir a la escuela Óscar Romero, pequeña estructura para jóvenes con grandísimas dificultades sociales y escolares, que ya había propuesto a su hermano Nanú. En esa época, Catana tenía 16 años. Su madre estuvo de acuerdo enseguida, pasó por encima de los temores de sus hijos y de sus parientes que veían mal esta iniciación escolar: ¿qué pintaba su hermana en la escuela, no había superado la edad? Esta integración representaba a sus ojos más riesgos que intereses: no habría nadie en la caravana para echar una mano a su madre en las tareas cotidianas, riesgo de ruptura con las costumbres y las tradiciones gitanas, contacto con los chicos sedentarios y entrada en un modo de vida, de pensamiento y de elecciones radicalmente diferentes. A pesar de eso, Catana entró en el centro Óscar ROMERO. Estuvo allí unos tres años. Fueron años de apertura, encuentros, relaciones con adultos que la han iniciado a otros proyectos. Evidentemente, no ha conseguido todavía una lectura fácil, pero Catana se ha arriesgado a elegir en algunas cosas, a vivir expe-

riencias personales: prácticas en empresas, semanas en Holanda descubriendo novedades, escritura de textos y pensamientos personales gracias al taller de escritura durante el curso de francés.

¿En qué medida la escolarización de Catana fue un éxito? Seguramente lo fue en cuanto a la capacidad de expresarse y abrirse a nuevas posibilidades. Catana realizó prácticas en empresa en torno a sus centros de interés: peluquería, hostelería y manutención. Se rozó rápidamente con la realidad humana de nuestra sociedad: el respeto y el apoyo, la explotación y la humillación. Pero su sentido de libertad de joven gitana la hizo reaccionar enormemente cuando pretendieron humillarla. En ese momento se enfadó y se fue. Para terminar, la edad y las tradiciones volvieron a integrar a Catana en su ambiente. Quizá se hubiera obtenido otro resultado si alguna de las prácticas hubiese podido conducir a un empleo. La importancia de esta corta experiencia de integración será lo que perdure en la mente de Catana, el camino de libertad que haya recorrido y asimilado para su historia personal y lo que pueda transmitir a sus propios hijos. Una vez más, ahí está el misterio de lo que un día se propone, se siembra...

Familia RENARD

Mi primer recuerdo es el de una gran fogata una tarde del mes de enero, después de clase. Aquella tarde de invierno invitaba a calentarse antes de emprender el camino. La mamá me lanzó: "¿Quieres una cerveza?" Era tan simpática que me dejé invitar. Aquel día, los corazones estaban de fiesta: Polluelo, el mayor de los chicos, acababa de salir de la cárcel después de un mal asunto.

Mi segundo recuerdo es el de una fuerte discusión con Mona, una de las hijas de la familia, en el camión escuela. Ese episodio ocurrió unos días después de la tarde en torno a la fogata. Estaba absorta con el trabajo de una niña bastante capacitada para el trabajo escolar, cuando Mona que hasta entonces había hecho las cosas a su antojo, me encajó: "*¿Te ocupas de nosotros o no? ¡Nosotros también existimos!*" Impresionada hasta lo más profundo, me dirigí del lado de Mona sus hermanos y hermanas, quienes de repente me aparecieron en un mundo abandonado, como los más abandonados y los más difíciles de contactar...

De hecho, el abandono era total, el analfabetismo absoluto, el lenguaje pobrísimo y a veces difícil de comprender para un oído sin entrenamiento; la falta de referencias era impresionante. En esta situación se realizó auténticamente mi encuentro con esta familia que no dejaré de contactar y de buscar. Familia en los límites entre el mundo Itinerante y la enorme miseria; comprendí que la petición de Mona era una llamada absoluta a una presencia plena.

La familia Renard siempre vivió en terrenos salvajes, aislada con respecto a los demás Itinerantes. En cuanto puede encontrarse sola en un pequeño espacio, lo hace. La escolarización de sus hijos, ahora crecidos, fue episódica. A veces los mayores fueron a la escuela, pero sin éxito, puesto que ninguno sabe leer. Los más jóvenes, de Mona en adelante, se escolarizaron en las Antenas Escolares Móviles, de manera intermitente.

La historia vivida con la familia Renard es la de un encuentro a lo largo de doce años, una relación prolongada año tras año, interrumpida por los desplazamientos de vez en cuando. Con esta familia logré aprender realmente las bases de la amistad y los riesgos de la indiferencia. Esa amistad que desafía a los años hace decir periódicamente a Chicote, durante nuestros encuentros y cada vez que le presento a alguien: "*¿Hace cuanto tiempo que nos conocemos, hija mía? (...) ¡Te considero casi como mi hija! ¿Te he faltado alguna vez al respeto, desde el tiempo que te conozco? (...) ¡Cuánto camino recorrido juntos, hija mía!*" Siempre he acogido con sencillez estas manifestaciones de afecto, porque sé que son sinceras y que la amistad por mi parte es recíproca. Sí, hemos recorrido un largo camino, y probablemente a esta familia le deba la mayor parte de mis conocimientos concernientes a la Gente Itinerante, y los profundos cambios que se han realizado en mí a lo largo de los años: en otras palabras, los pocos pasos que he realizado en mi propia vida hacia una libertad más profunda y más humana.

Esta familia continúa hoy su existencia frágil y caótica al ritmo de las expulsiones de las parcelas de terreno o los pequeños aparcamientos. Anotaba a ese propósito en las últimas páginas de mi diario:

"El hombre tiene la mirada vacilante. Se inventa con qué permanecer de pie. ¿Qué es lo que mantiene a un hombre de pie? Su

fuerza, su clara visión para acompañar a quien cae y tropieza. Su palabra, su dignidad al tener algo que decir, hacer. Un niño cayó hoy en el Sena. Ni los bomberos, ni la policía pudieron hacer nada. Él se tiró al agua para ayudar al niño. Tampoco pudo hacer nada.

La mujer tiene el cuerpo que ya no le aguanta. La cabeza apretada con un trapo lleno de vinagre para calmar sus continuas migrañas. De repente sus pies ceden y se cae. Sus brazos, su espalda no tienen vigor. Llevan las marcas moradas de la sangre que ya no puede más. Terminó de ser madre. Lloro su estado, aprieta locamente a su nieto entre sus brazos, como para asegurarse de que no lo va a perder. Él va hacia la vida. Ella lo aprieta tanto que al final el niño la rechaza. La mujer tiene miedo. Miedo de curar. Miedo de soñar. Miedo de morir.

¿Qué mantiene vivos al hombre o la mujer?

¿Qué recuerdos de antaño, cuando era posible ganar dinero y comer cada tarde? El trabajo, las vendimias que tuvieron el sabor de la amistad, la fiesta, la dignidad... durante esa dura labor cotidiana.

¿Qué mantiene vivos al hombre o la mujer?

Un amor contra el viento de miseria que ruge en la pequeña caravana. Unas palabras aún intercambiadas: "Mujer, me estás mojando con tu vinagre"

"Es testaruda, no quiere cuidarse. ¡Si supieras todo lo que le insisto!"

¿Qué mantiene vivos al hombre o la mujer?

Un crucifijo imponente, cuidadosamente atado en la ventana, hacia el que se vuelven para que sea testigo de todo lo que se vive y se dice. Y luego, un vaso de vino, una botella. Entonces, se hace el silencio en la cabeza y el cuerpo, como si se parara el sufrimiento."

Para compartir

En el relato que acaba de leer:

1. ¿Cómo puede calificar el tipo de escucha de la Educadora?
2. ¿Qué nos enseña de la escuela de los más pobres?

ESCUCHAR: ... y la Escuela se acerca a los niños

Los camiones escuela de la A.S.E.T. se crearon para alfabetizar una gran cantidad de niños gitanos carentes de escuela. En 1985, en mis comienzos, se hablaba de unos 2.000 niños del Norte de París que nunca habían sido escolarizados.

Aquel mismo año, experimenté el extraño sentimiento de adentrarme en un terreno desconocido, a apenas treinta minutos en tren de las estaciones parisinas. La llegada a un campamento gitano se asemejaba en mi caso a una llegada al Oeste americano... Conservo en mi memoria aquellas miradas vivas y sedientas de encuentro; aquellos cabellos revueltos y salvajes; aquellos pies desnudos y aquellos vestidos demasiado grandes; aquella impresionante avalancha en el momento de entrar en el camión.

El Hermano Léon Côte tuvo un oído receptivo a las palabras de los padres que un día le hablaron de una escuela para sus hijos. Una escuela diferente de la que a veces conocieron y que les dejó el sabor amargo y demasiado frecuente de un pupitre solitario al fondo de la clase. Una escuela a la que se iría sin el miedo y la vergüenza de no tener vestidos o zapatos adecuados...

Así fue desarrollándose la idea de la primera iniciativa tomada por esta población: **si los niños no van a la escuela, la escuela irá hacia ellos**. Una escuela para enseñar, socializar, aprender a leer y escribir. Un movimiento, un desplazamiento para ir al encuentro, aprender a conocer y encontrar los medios de enseñar a los que se encuentran.

Rápidamente se plantea otro objetivo en ese proceso: ir al encuentro de los grupos más desfavorecidos social, cultural y materialmente.

Una pedagogía contextualizada a la escucha de los que se va encontrando

- La opción por los más desfavorecidos en una población de antemano marginada

Lo esencial de mi experiencia se realizó entre las familias desfavorecidas, viviendo en espacios salvajes, en amplios clanes familiares o a veces aislados de los demás, en dos o tres caravanas en un terreno reducido.

Esas familias presentan dificultades de diversos tipos: precariedad, desorganización del grupo con respecto a las ciudades donde se estacionan, miedos y dificultades frente a la administración, ausencia de cuidados, etc. Para hablar de ellos, emplearemos el término “asilvestrados”: familias de origen cingaro, viviendo en el campo o en un bosque que todavía se conserva en la región.

Cuando nos acercamos a sus campamentos, durante las mañanas de invierno, atravesamos numerosos charcos de agua, bordeamos, a ser posible, las extensas áreas de barro, todo ello en medio de un viento impetuoso que nos hiela el cuerpo. La mayor parte de las veces no se mueve nada y podríamos tener la impresión de llegar a lugares exentos de vida humana. Sin embargo, sólo en este clan descrito, viven más de setenta niños de tres a diez años. Únicamente algunos abuelos que se han levantado temprano nos saludan desde la puerta de su caravana o al volante de su camión. Tomamos el tiempo de beber con ellos un café caliente, signo de acogida y confianza, la oportunidad de conocernos algo más, de hablar de sus preocupaciones, de un papel que hay que rellenar, de una respuesta que tarda en llegar o simplemente de la vida. Las más de las veces, se trata de asuntos de aparcamiento: durante el verano a la gente le gusta la vida al aire libre, justo el trabajo de ir a buscar el agua por las mañanas; pero en invierno, los pies metidos en el barro, es demasiado duro... A menudo, las personas adultas recuerdan el pasado y uno se da cuenta de que sus condiciones de vida, a medida que pasa el tiempo, y a pesar de la toma de conciencia social y política no han mejorado tanto. Tendrían tendencia a empeorar... Los emplazamientos son cada vez más raros, la acogida de la gente siempre hostil y en las ciudades de la periferia parisina, el rechazo y el racismo hacia ellos se manifiestan frecuentemente. Los servicios administrativos, sobrecargados de peticiones, cometen errores que se subsanan lentamente, sobre todo cuando conciernen a las personas analfabetas. Además, la división de diferentes servicios no ayuda a las personas más desfavorecidas a ser autónomas y resolver sus problemas.

Terminado este momento de intercambio, no es raro ver a algu-

nos niños asomar la cabeza por la puerta de la caravana para interesarse por lo que se está haciendo. Es la señal para ir reuniéndolos. Una vuelta por la zona con los que ya están despiertos nos permite conocer los obstáculos superados por estas familias: las caravanas se han enfriado a causa del viento nocturno, a veces, las bombonas de gas están llenas y rápidamente se puede reponer algo del calor acogedor que dé ganas de levantarse; pero a menudo, cuando se llega al veinte del mes, las dificultades económicas dejan las bombonas vacías. Algunos superan esta dificultad haciendo un agujero en el techo de la caravana e instalando una estufa de leña que rellenan con lo que encuentran por algún sitio: cajas, tablas, ramas, pequeños troncos... Estos tendrán la posibilidad de calentarse durante todo el invierno, pero tendrán otras preocupaciones y a veces otros dramas: las caravanas que se encuentran en esa situación no se pueden vender... Y además, surgen muchos incidentes debidos al fuego: quemaduras de niños o adultos, a causa de una cazuela de agua puesta encima de la estufa, y más grave aún, incendio de la caravana cuando hay sobrecarga de leña y calor.

Este tipo de despertador matinal es más o menos lento: a veces los niños llegan al camión quince minutos después de mi llegada, a veces necesitan más tiempo, a veces no vienen... Eso se explica de diferentes maneras: la rapidez está relacionada con la ausencia de comida, circunstancia que hace que el niño salga más o menos de prisa de su cama y se vaya enseguida fuera. Quizá esté atraído por el calor del camión que he procurado calentar durante todo el trayecto. Si emplea mucho tiempo en llegar, la razón proviene de que puede comer, o que no ha encontrado ropa o calzado secos. Así que algunas veces se presentará con vestidos demasiado grandes para él, con zapatos de otro miembro de la familia o los pies descalzos. Otras veces ni siquiera aparecerá. Ante esas situaciones siempre soy discreta, aceptando el secreto, el pudor o la dignidad que se esconde detrás de estas actitudes: no querer mostrarse mal vestido; pereza de levantarse con el frío del invierno, agotamiento de llevar el estómago vacío y tener que hacer más esfuerzos para estar atento; salida de los hijos con sus padres para ir a trabajar y ganar quizá algo más de dinero para traer comida; para las chicas, petición de sus madres para que vayan a echarles una mano en el arreglo de la caravana o para ocuparse de alguno de los más pequeños.

Otras veces, parece que llegamos a un campo de batalla, demasiado tarde o a punto de ser expulsados. Todo el mundo está despierto, los hombres y los jóvenes enganchan las caravanas, las mujeres y las chicas arreglan rápidamente el interior y limpian la vajilla. Los más pequeños dan vueltas alrededor de todo el jaleo, algo nerviosos... Durante el invierno, esos días de expulsión tienen el sabor amargo de la incertidumbre, del rechazo, la indiferencia de nuestra sociedad hacia la Gente Itinerante. "No nos importa irnos, pero, ¿a dónde vamos?"

El mejor momento es evidentemente el verano, cuando los días largos y calurosos recuerdan el tiempo pasado, el de la época de los carros a caballo, las praderas generosas: en esos momentos, los estacionamientos en el campo son deseados, procuran frescor y sombra. Porque si las caravanas se quedan heladas en invierno cuando no hay modo de calentarlas, en verano se vuelven inaguantables de calor, cuando hay que estacionar en zonas asfaltadas o sin sombra. En esa estación, se hace la comida alrededor del fuego, se cuentan historias, suenan las guitarras, los niños juegan y el buen humor es general.

- **Elegir la constancia y la continuidad**

Fue necesario más de un año de escolarización, de presencia constante en este grupo de "asilvestrados", para que los niños aprendieran a situarse y disponerse a aprender. Al comienzo eran incapaces de mantenerse tranquilos en su sitio, de comprender lo que venían a hacer, de respetar el deseo de los demás y las obligaciones de la vida en grupo. No sabían tampoco respetar el camión escuela y lo que allí había. Llevarse los lápices o los rotuladores, escondidos entre los calcetines era cosa corriente, comerse las gomas, romper su tarea, pelearse con su compañero por menos de nada, entrar y salir del camión sin decir nada, dejar casi siempre el trabajo sin terminar, negarse a hacer solo la tarea... era el pan cotidiano. Me llamaban continuamente por nada, me tiraban sin parar de las mangas para que me dedicara a ellos solos, se encolerizaban cuando les imponía un momento de escucha, de espera o de trabajo solitario consigo mismos.

Esta situación es agotadora. Hay que añadir a eso, el paso frecuente de adultos o de hermanos mayores que vienen a llamar a la puerta del camión, simplemente para ver lo que ocurre, para estar en un lugar caliente, para imponer la presencia de un niño

pequeño que no quieren cuidar, o para rellenar un formulario administrativo.

A veces, vienen a buscar a una de las chicas para que se ocupe de un hermanito o para hacer la limpieza de la caravana durante su ausencia y eso me es difícil de comprender y soportar.

Otras veces, sacan del trabajo a un niño concentrado y cautivado por lo que hace, porque toda la familia se va de compras o va a visitar a sus primos.

En ese contexto, también tendríamos ganas de irnos o de venir menos a menudo. Sin embargo, un día decidimos hacer justo lo contrario con otras dos compañeras. **Ir por lo menos dos medias jornadas por semana, ir con los tres camiones a fin de acogerlos por diferentes niveles de edad: pequeños, medianos y mayores,** mostrarse de acuerdo entre compañeras para acoger siempre al mismo grupo, animar a los niños a ir a su propio grupo y no aceptar el juego de quien quiere ir de aquí para allá por todos los camiones y explicar a los niños la necesidad de grupos de edad para estudiar mejor. Poco a poco, esas obligaciones han ido teniendo sentido. Algunos niños han comenzado a tener éxito y progresar. Se han hecho cargo ellos mismos de esas reglas elementales de conducta y las han exigido a los que no las respetaban. Al progresar, se han impuesto ellos mismos el deseo de aprender, negándose a ir de compras con su familia para permanecer en el camión. La familia, por su parte, pasó de una actitud distante y poco cooperadora ante lo que se vivía en el camión, al respeto; aceptando dejar para otro momento una compra o confiar el niño pequeño a otra familia si la hija mayor no había vuelto de la clase en el camión. Ellos mismos dijeron a los pequeños de no ir a molestar a los mayores.

Año y medio después de esta experiencia constante y permanente, algunas familias manifestaron el deseo de que continuara e hicieron la observación de que los niños aprendían mejor así. De hecho, comprobamos que los niños sabían organizarse solos ahora, utilizar el material a su disposición y respetarlo, ordenar lo que utilizaban sin pensar en apropiárselo a escondidas. Todos son capaces, aún los más indisciplinados, de ir hasta el final de la tarea elegida y en su mayoría, iniciar una lectura sencilla de palabras y frases de su nivel. De la misma forma, actualmente podemos organizar salidas con los niños.

- **La elección de un proceso educativo sencillo, en el que se evalúan las mejoras**

El trabajo del que hablamos se desarrolla en Antena Móvil (camión escuela) en lugares “asilvestrados”.

Se podría imaginar una pedagogía muy innovadora o diferente, a causa del contexto. Mi proceso de maestra es cercano en todos sus aspectos al de la mayoría de los maestros que trabajan con niños no lectores. La innovación, que también es el motor de esta actividad y en la que nunca se insistirá suficientemente, consiste en **ir allí donde viven los niños que hay que formar**.

Así pues, todas las máscaras caen poco a poco: al niño se le invita a aprender sin tener que esconderse, abandonar en la puerta de la escuela lo que forma parte de su vida o hacer como si lo olvidara. Se le quitan todas aquellas preocupaciones que tienen muchos niños con dificultades en las escuelas de barrio: no ser acogidos tal como son porque la realidad de la escuela está muy alejada de su vida cotidiana. ¿Cómo podrían aprender todos esos niños cuando tantas preocupaciones los atormentan y no pueden compartirlas con nadie? ¡Cuando tantas diferencias los avergüenzan! En un camión escuela, el niño Itinerante es recibido con toda su vida, puesto que la enseñanza no puede realizarse más que en la relación total con la familia del niño.

Algunas necesidades se imponen desde el comienzo para que los niños inicien el aprendizaje:

- Construir y estructurar el grupo para entenderse.
- Crear y enriquecer una reserva de vocabulario que permita un ámbito semántico común en el que se desarrolle la lectura.
- Instaurar una relación de confianza llena de humor, justa, capaz de ofrecer a cada uno oportunidades y gusto de aprender.

Además, los niños deben tener rápidamente pruebas de que aprenden, memorizan, son capaces de perseverar de una lección a otra. Dicho de otra forma, tienen que experimentar que venir al camión escuela sirve para algo. Por eso, es importante utilizar soportes que conecten con ellos y los enriquezcan.

Este sentimiento de éxito está relacionado con la forma de contemplarlos. Por lo que a mí respecta, valoro los éxitos de cada uno y les hago captar lo que aprenden, las capacidades que han pue-

to en práctica para lograr el éxito. Así que, en cada lección, presento a los niños lo que van a aprender y por qué vamos a trabajar tal o cual aspecto de la lectura. Al mismo tiempo, les comento lo que les ha permitido encontrar la palabra, leer una frase.

La puesta a punto del grupo de clase necesita la integración de una determinada **disciplina**. Esto es difícil al comienzo.

La disciplina de grupo a la que hay que atenerse es esencial. Los niños tienen tendencia a ir de un camión escuela a otro, jugar de un lado para otro, en medio de los adultos que los acogen, y eso aumenta a medida que tienen más dificultades.

La obligación de comprometerse a venir a aprender en cada lección. El tiempo de estudio se determinará en función de cada niño. En las caravanas es frecuente entrar, salir, ir a ver; pero esto no puede aceptarse más que de forma moderada en el camión escuela. Fácilmente, los niños tienen tendencia a tomar el camión por el patio de su casa, y a escaparse en la menor ocasión.

Por esa razón, cada encuentro se desarrolla con **rituales** comunes:

- ponerse en su sitio y sentarse,
- presentar noticias -tranquilizar el ambiente- buscar la fecha, expresarla, escribirla en la pizarra; a continuación, escuchar lo que se va a hacer durante la lección,
- iniciar los rituales de lectura: revisión de palabras y concurso en las pizarras de los niños, lectura de una historia y vocabulario, lectura de un texto colectivo e identificación de palabras con puesta en común de las propuestas de cada uno,
- trabajo con fichas; si un niño termina antes que los demás o llega antes que los otros a clase, relee los textos estudiados anteriormente.

Esos rituales son esenciales para formar un grupo con reglas básicas que permitan establecer el respeto recíproco y la escucha mutua. Así se crea un clima de serenidad entre los niños y me permite ver rápidamente, al comienzo de cada lección, la capacidad de escucha y receptividad de cada uno, y en qué punto está en su aprendizaje.

En mis comienzos de camión escuela, y aún después de varios años de experiencia, trabajé con diversos manuales de lectura o con libros de lectura infantil. El resultado no fue nunca demasiado convincente. He ahí lo que he mantenido:

- contar, leer historias por gusto de contarlas, con periodicidad, descubrir horizontes y nuevas palabras
- hablar con los niños de su vida, intercambiar y anotar palabras de niños,
- las palabras usuales y otras palabras corrientes encontradas en las historias contadas, forman un fondo común sobre el que se construirá la lectura.

Ese fondo común de palabras sirve de punto de partida para la lectura. Partiendo de esas palabras, las letras y los sonidos se aprenden y la caja de palabras de cada niño se va formando. Esa caja se abre en cada lección y se va enriqueciendo. Sirve para los juegos de lectura y el concurso cotidiano de lectura que mantiene el estímulo entre los niños. Rápidamente, se logran construir frases sencillas. Se utilizan los nombres de los niños para el sujeto y se crean pequeños textos.

Conclusiones: En camion escuela o en la escuela del barrio?

- **¡No es fácil!**

Hay que decirlo, ¡algunos días de camión escuela no son cómodos! Además de la disciplina en el camión, los imprevistos mecánicos de las mañanas de invierno, los pinchazos sorpresa, los barrizales del campamento, tenemos que encontrar los lugares donde van las familias después de una expulsión, adaptarnos constantemente a los cambios ocurridos en los grupos: llegadas, salidas, preocupaciones de tal o tal familia; todo eso tiene repercusiones en nuestro trabajo.

Se trata también de comprender y de inscribir en nuestra memoria y actitud, en qué medida nuestro proceso pedagógico está relacionado con los lazos establecidos, instaurados, la comprensión humana de aquellos hacia los que vamos. Sólo entonces podremos iniciar aprendizajes puramente pedagógicos. Eso no ocurre sin más, y pienso que es una actitud fundamental que debemos transmitir a los que se arriesgan en este trabajo.

- **Pero existen condiciones de éxito**

El éxito de la integración a la escuela depende de la paciencia de aquellos que acogen al niño y del conocimiento del ambiente.

La acogida es tan importante para el niño como para la familia. Si la familia se siente acogida, intentará hablar con la directora o los

maestros y el niño se sentirá más a gusto.

Una de las condiciones del éxito de la integración es la relación entre los niños y los maestros por un lado, y de los padres y el equipo de maestros por otro. Todos los maestros o directores de escuela que saben acercarse a ellos, salir a la acera por la tarde al final de la clase para intercambiar unas palabras con los padres de los niños, naturalmente, positivamente, sin dureza, salen ganando con esa relación y no se dan cuenta hasta qué punto eso es fundamental para el éxito de la integración escolar.

Porque ganar la confianza de los adultos, es dar posibilidades suplementarias de continuidad y de éxito escolar. Entonces, los adultos pueden aceptar salidas escolares, y sabemos el papel que esto desempeña en el conocimiento mutuo entre los niños y los maestros. La escuela se transforma en el lugar en el que se pueden tener oportunidades de acertar y en donde se descubren cosas nuevas.

Inversamente, demasiada distancia o rigidez por parte de los maestros, el no tolerar algunas ausencias al comienzo, la negligencia en las relaciones con los adultos, el olvido de los cinco minutos dedicados a cada niño en clase, rápidamente suponen un sentimiento de desinterés por parte de las familias Itinerantes y así sucede que la escolarización va disminuyendo rápidamente.

Otra condición que podría parecer evidente, es el deseo de escolarización proveniente de los adultos y de los mismos niños que no sea impulsado por el servicio social, un servicio de la Enseñanza Pública o la A.S.E.T. En este último caso, la familia se sentiría molesta, obligada para "dar gusto", al no tener la libertad de escolarizar o no a los niños. Aguantará las obligaciones y la escolarización terminará rápidamente en el desinterés.

Con independencia del ambiente y las condiciones de vida de la Gente Itinerante, puedo afirmar de forma segura que si las familias están convencidas de la necesidad de la escuela, se vuelven fieles. En idénticas condiciones, pasarán por encima de los obstáculos que nosotros tendríamos dificultades de vencer.

- **Un ejemplo de integración acertada:** *la familia Dhont-Siegler.*

Esta familia forma parte del grupo de "asilvestrados" con el que trabajo regularmente desde 1994. Hasta junio de 1997, se desplazaba con familias de primos por terrenos abandonados del

Val-d'Oise y sufrió expulsiones, rechazos, alejamiento de fuentes de agua, iluminándose con velas, soportando el frío, la lluvia, el barro del invierno y la falta de arbolado y sombra en verano.

También soportaba el peso del nombre y la fama de ese grupo. Una fama negativa, tanto en el espíritu de los Sedentarios que consideraban a ese grupo como salvajes incapaces de socializarse, como en el espíritu de los Itinerantes con más recursos y mejor organizados que los miraban como incompetentes y portadores de mala imagen ante los Sedentarios. Antes, esta familia vivía como la mayor parte de los miembros de su clan, en un terreno llamado Sannois, uno de los primeros del departamento. Numerosas dificultades mal resueltas, obligaron a la ciudad a excluir a todas las familias de ese terreno y a mantener en él únicamente a las personas mayores o solas. Así, unas treinta familias se encontraron en medio del campo, después de un corto intento de estabilización que les había proporcionado bienestar a pesar de todo: agua, servicios higiénicos, cercanía de comercios, escuelas, electricidad, serenidad de pensar que ya no estarían a merced de la policía que venía a expulsarles cada quince días.

¿Duró lo suficiente esta corta experiencia como para inscribir en la mente de esta familia el deseo y la voluntad de una vida cotidiana más estructurada y una escolarización prolongada de los hijos? ¿Estaba anclado ese deseo de forma tenaz en la mente y la organización de esa familia? De todos modos, vueltos a los espacios agrestes, los padres continuaron llevando a sus hijos a la escuela.

Así pues, ya sea que se encontraran a cinco, veinte o treinta kilómetros de la escuela, que los días empezaran con sol o lluvia, o que el terreno estuviera seco o con barro, se esforzaron en cumplir con esta exigencia cotidiana.

Evidentemente, durante esos cuatro años, tuvimos que acoger a veces a las tres chicas de esta familia en nuestros camiones, por falta de vehículo en funcionamiento, o a causa de una serie de expulsiones demasiado seguidas. Pero, los padres siempre afirmaron su deseo de llevar lo más rápidamente posible sus hijas a la escuela.

Poco a poco, ante las dificultades cotidianas relacionadas con su vida de nómadas, se organizaron ellos mismos para buscar y comprar un terrenito. Cuatro años para ir preparándose, econo-

mizar dinero, encontrar un crédito, dar con un terreno a tono con su nivel económico.

Lo encontraron a finales del año escolar, en 1997; no lejos de Beauvais, una zona financieramente accesible. Dieron el paso para abandonar el grupo, arriesgarse a esta vida desconocida, sin su grupo. Periódicamente, vuelven a ver a sus primos, pero su vida se desarrolla de otra forma. Al encontrar a la madre en diciembre de 1997, me contó su alegría de tener finalmente su propio terreno, la asiduidad de su hija mayor que va al colegio con el autobús escolar y se levanta cada mañana para llegar a la hora. Me cuenta el éxito de las otras dos pequeñas que van bien en la escuela primaria, la organización de la vida cotidiana, el trabajo del marido, los desplazamientos para las compras, estructurados en torno a un proyecto.

Este ejemplo muestra que el proceso de escolarización surge y funciona a partir de diversos aspectos, pero lo que consigue ponerlo en marcha con toda seguridad es la conciencia, el deseo y la voluntad de la misma gente. Esta familia tenía todas las razones para no escolarizar a sus hijos; a pesar de eso lo hizo. Pero eso tomó consistencia por medio de una elección global, ante un grandísimo hastío de tener que soportar su modo de existencia, y vivir indefinidamente a merced de las expulsiones. Nació de un arranque de dignidad.

Esta elección es la de una vida más estable y un éxito personal: buscar, encontrar y organizar su terreno, sin esperar que un ayuntamiento aplique una ley que nadie quiere y haga creer a las familias que un día, gracias a ella, vivirán mejor.

Sólo contando sobre sí mismas, las familias gitanas deben esperar para realizar su proyecto de estacionamiento y todo lo que eso supone. La familia Dhont-Siegler lo comprendió perfectamente. Este ejemplo prueba también que si un deseo se graba en la mente de las familias, éstas son las primeras en actuar. Nosotros, con camiones escuela, podemos poco.

Las familias van haciendo su camino; y la presencia del camión escuela en campamentos donde los niños ya están escolarizados, no dificulta la escolarización de los que van al Centro Público, si así lo han elegido realmente.

Para compartir

1. Ante una población escolar especial: ¿qué actitudes, medios, procedimientos fueron puestos en práctica por la Educadora?
2. Considerando los jóvenes con los que usted trabaja ahora, en la escuela o en el barrio, ¿piensa que tiene que adaptarse mejor?, ¿por qué?, ¿cómo?

ARRIESGARSE: ... ¿a qué precio?

· Ver y callar

Al comienzo, tuve la suerte de recibir algunas claves esenciales para entrar en relación con esta población de Itinerantes. He aquí algunas actitudes clave:

- la escucha y observación de las situaciones encontradas sin pretender comprenderlas y analizarlas desde el primer momento,
- la capacidad de acoger aquello a lo que nos enfrentamos - ¡está tan lejos de nuestras maneras de vivir!- como la oportunidad de algo diferente, de una amistad,
- la exigencia de una transcripción fiel de lo dicho por las personas encontradas y la puesta por escrito constante.

Así, leyendo mis primeros apuntes, encuentro lo esencial de esas actitudes:

"Jueves 3 de enero:

(...) Esta mañana, comienzo mi "cursillo" entre los gitanos con el Hermano Léon CÔTE. Más que un cursillo: un mundo que debo descubrir, recorrer, amar (...) Léon me ha dicho esta frase que conservo preciosamente: "Aquí, Clara, hay que ver todo y no decir nada. Mirar con Amor." Estoy preparada.

(...) Vamos a visitar a la familia L.: mundo a parte, mundo excluido. Algunos observadores identifican a los que se acercan: son tan raros los amigos... Nos vamos más tarde. Las carreteras están cubiertas de nieve. Justo si se ven las caravanas. Hay que conocerlas para saber que están allí. También hay que conocer a sus habitantes, amarlos, para saber que existen (...) Antes de volver a casa, pasamos por un campamento de cingaros. Los niños se calientan junto al fuego.

"Jueves 10 de enero:

(...) Hemos andado en coche casi toda la mañana por caminos y carreteras. Léon me ha enseñado cantidad de campamentos de Itinerantes que conoce.

La mayoría tiene poco dinero en este momento para circular, pero

su deseo de viajar es ardiente: "De acuerdo, estamos en Francia, pero somos, ante todo, de todos y de ningún sitio, ¡no tenemos ninguna patria!", nos dice a menudo Miseria, un abuelo Itinerante y añade: "No seré yo quien se encierre en esas cajas de conejos; prefiero las tablas que traquetean y el aire fresco que pasa por debajo de mi puerta."

(...) En otra familia, hemos hablado de "la escuela construida en cemento". Para los niños es "el animal espantoso", el mundo aterrador. "¡No iré, no iré, no, no iré!", ha repetido durante minutos. ¿Por qué B. no quiere ir a la escuela? Para una persona Itinerante, siempre al aire libre, ¿qué significado tienen las paredes, los timbres, las mesas alineadas, las órdenes dadas? Y, aunque las aceptara, ¿qué significan esas numerosas escuelas, demasiadas, en las que quien habla mal, está sucio, comprende muy poco lo que le dicen, se le pone al fondo de la clase? Eso es lo que gritan todos los padres de niños Itinerantes: "Si nuestros hijos van a la escuela, es para aprender a leer y escribir. Pero si tu corazón no consigue amarlo, confiar en él, hacerlo crecer y progresar, lo saco de allí. ¡Si es para dibujar todo el día, lo puede hacer en casa! (...)"

"Ver todo y no decir nada". Estas palabras me condujeron al encuentro con los demás: abandoné la idea de ser capaz de comprender todo lo que representa esta forma diferente de vivir.

Esta actitud me abrió plenamente a la acogida, evitándome la trampa de las conclusiones y generalizaciones rápidas. Ir al encuentro de las familias, en sus campamentos, exponernos a aceptar francamente sus condiciones de vida. *"Ver todo y no decir nada"*, imponernos la resistencia a una tentación bastante común: intervenir para decir lo que uno piensa que se debe hacer. Se trata de no olvidar nunca que venimos a donde los otros e ignoramos lo que se vive en nuestra ausencia. Ese silencio no significa sin embargo la indiferencia. Es portador de una forma de mirar y escuchar.

En ese encuentro con los gitanos, necesitamos otra mirada: ver más allá de las barreras y montículos de tierra. Porque nuestra sociedad sabe esconder perfectamente la miseria y la vergüenza. Mirada esencial que también permite la relación después de las expulsiones, permanecer atento a lo que se esconde tras las barricadas: otras familias, otras exclusiones. Es una costumbre feliz que no engaña.

- **Ponerse en marcha para comprender**

Las palabras recogidas en esos apuntes muestran además el continuo movimiento al que se compromete quien toma el camino de los Itinerantes. Eso implica otras exigencias: agilidad, adaptación, deseo renovado de ir hacia.

Esto va acompañado de humor y sencillez para entrar en relación. ¡Cuántas veces he llegado ante nuevos grupos de Itinerantes o vuelto después de una larga ausencia! ¡Qué difíciles son las primeras relaciones! ¡Con cuánta desconfianza, pudor, sed de amistad y fidelidad se mezcla la mirada orgullosa de los Itinerantes y a veces nos haría meternos bajo tierra! De la misma forma, ¿cuántas madres han exigido encolerizadas un sitio para su hijo en el camión que estaba ya hasta los topes, sin intentar comprender los límites necesarios para poder estudiar correctamente? ¡Qué indispensables son la paciencia y el humor para entender lo que se pide, explicando lo que se pone en práctica!

Otra actitud indispensable con esos niños y adultos es la justicia y la atención con respecto a la fuerza que pueden tener las palabras. No olvidemos que la Gente Itinerante tiene una cultura oral. Con ellos, algo que se diga con certeza tiene el valor de un escrito que se habría firmado conjuntamente. Atención pues a las interpretaciones y decepciones que puedan desacreditarnos muy deprisa. Pienso, por ejemplo, al alcalde de una ciudad que viendo la difícil situación en la que vivían algunas familias, se comprometió con ellos, hablando de los esfuerzos que haría la ciudad para que su vida fuera más decente. Ninguno de los Itinerantes olvidó nunca esas palabras. Para el alcalde es muy diferente; claro que las pronunció, pero sólo en su nombre, una tarde de verano, sin darles un valor de absoluta seguridad.

- **Cuestionar siempre nuestros medios**

Como cualquier medio, el camión escuela es un instrumento que ha respondido a una realidad y, no lo olvidemos, a una petición. Al comienzo, hubo una serie de familias Itinerantes que desempeñaron un papel primordial en el lanzamiento de la idea de una escuela itinerante. Con el paso del tiempo, el riesgo sería olvidar la parte esencial del diálogo con las familias y, como consecuencia, no saber cuáles son sus peticiones y sus expectativas. En mi opinión, ahí se sitúa el primer límite del camión escuela, que rápidamente puede transformarse en un medio que no se vuelve a

cuestionar al cabo del tiempo; del que estamos tan seguros, que las familias ya no son las primeras en la búsqueda de medios pedagógicos y no se las escucha más para reajustar ese instrumento a su realidad.

El camión escuela no tiene sentido en sí mismo si no es diferente de la escuela. Si sólo se transforma en una clase móvil, pierde su sentido, su credibilidad, su originalidad, su libertad. Sólo tiene sentido si permanece a la escucha de las familias Itinerantes, si continúa siendo un instrumento que les conviene para conservar su libertad y su cultura. Sólo tiene sentido si continúa poniéndose al servicio prioritario de aquellos que nunca, o muy raramente, aceptaron a nuestra sociedad a causa de su pobreza, su aislamiento, el desprecio total, y de la que continuamente son el blanco.

Los camiones, lo mismo que la escuela, son útiles para los Itinerantes si responden a sus expectativas, si continúan siendo un espacio de encuentro e intercambio, si constatan que los niños y los adolescentes pueden aprender a leer en ellos.

Lo esencial, como ya lo hemos hecho sentir a lo largo de estas páginas, continúa siendo la actitud que se adopte para conocer y respetar a aquellos a quienes se dirige.

Esas constataciones se exponen aquí para que evitemos el riesgo de generalizar. Efectivamente, no existe una respuesta sino diversas respuestas; y cada vez, la buena respuesta depende de la impresión de éxito global que tenga el niño, su familia y su maestro: éxito del respeto, de algunos aprendizajes, del mejor conocimiento mutuo.

El camión escuela puede tener sentido en sí mismo. Pero creo que no debe limitarse a ser solamente un pasadizo entre “la nada” y “la escuela construida con cemento”. Pienso que tendrá el valor, la importancia y el sentido que le demos. Y ese sentido se encontrará en la relación profunda y constante con las familias. Ya lo hemos visto, las diferencias entre familias gitanas son inmensas. Son la consecuencia de la situación material de los grupos, los medios de estacionamiento, la toma de conciencia de cada grupo, su mirada, su espíritu crítico ante nuestra sociedad sedentaria.

- **Mantener un diálogo permanente, cueste lo que cueste**

Mejor que un discurso, he aquí una historia vivida:

Ahí comprendí como la Gente Itinerante respeta: respeta en función de la relación personal y no en general, como si fuera una obligación, como un código de buena conducta. Porque conocen a alguien que les ha mostrado amistad prolongada, confiada, renovada, a pesar de algunos errores por parte de unos y otros, es por lo que respetan. En esos casos, el respeto no tiene límite. Con el tiempo, aquel viejo hortelano aprendió la lección y ya no encontró más su huerto deteriorado: los niños sabían que estaban algo así como en su casa donde aquel hombre y esperaban a que viniera para pedirle legumbres y frutas.

Durante muchos meses, trabajé con cíngaros “asilvestrados” en grandes campamentos. Al borde de uno de ellos había un huertecito al que iba a distraerse y trabajar un hombre jubilado. A menudo le saludaba al pasar ante su huertecito cuando iba a llamar a los niños e intercambiábamos entonces algunas palabras. Cuando terminábamos la clase, volvía a pasar delante del lugar con los niños que, también ellos, conocían bien a este hombre. Tenía una mirada bondadosa para con todos los niños que, aunque a veces algo salvajillos o impulsivos, le inspiraban amistad. Los observaba yendo y viniendo, los pies desnudos en el frío y el barro, los veía llevar agua en sus pesados bidones o traer a pie algunas compras hechas a varios kilómetros de allí, veía también a los padres trabajando con sus vehículos caprichosos y seleccionar kilos de chatarra, veía a las mujeres lavar la ropa a mano en sus inmensos barreños y ponerla a secar durante días cuando el tiempo era demasiado húmedo.

Veía. Y aquella mirada bastaba para dar ganas de hablarle amablemente, porque sabía lo que aquella vida escondía en cuanto a coraje y dureza. Para él, aquellas familias vivían todavía lo que él había vivido de niño en un ambiente modesto que había sufrido durante la guerra. Según él, ese sufrimiento no hubiera debido existir en nuestra época. Por eso, relativizaba las mil travesuras de los niños, los puerros y las zanahorias que faltaban en su huerto; y a pesar de ello, les invitaba a venir a cogerlos. Ciertamente, no lo había conseguido todo en su relación: los niños, a pesar de su delicada amistad, lo miraban todavía como a un payo, un campesino, un sedentario que tenía más que ellos y a quien podían robar.

A menudo, la actitud de este hombre fue la oportunidad para hablar a los niños durante las lecciones en el camión, mostrarles que todos los sedentarios no están en contra suya, que algunos los ven de otro modo, comprenden su vida, no los juzgan, no los acusan de robo en cuanto desaparece el primer nabo. Poco a poco los niños comprendieron también el respeto que debían tener a un hombre como aquel. El mismo respeto con que me trataron durante doce años. Un respeto agradecido que nos hace algo diferentes de otros sedentarios, porque saben que se les ama. Un respeto que se manifiesta con los muchos servicios prestados, con la atención especial a lo que nos pertenece, opuesto a la primera actitud que es la del desprecio y hasta la agresividad con respecto a los sedentarios y sus pertenencias.

Para terminar

Encontrar, Escuchar, Interrogarse, son actitudes fundamentales que mantengo después de doce años de camión escuela.

Escribiendo estas páginas he podido transmitir aquello que he aprendido por experiencia: esos tres términos lo resumen perfectamente. No se han puesto esas tres palabras y en ese orden de forma inocente, porque evidentemente, tienen un valor cronológico.

Volviendo a mi experiencia, es la mirada puesta sobre las personas, junto a su encuentro, lo que me dio la clave para adaptar mi pedagogía a esa realidad, adaptarme yo misma a ese contexto y hacerme disponible para inventar formas de aprender, que de hecho, me las enseñaban aquellos a quienes me dirigía.

Esos años se vivieron con serenidad a pesar de las realidades dolorosas que a veces descubría, puesto que era parcialmente cuestionada: cuestionada por las familias y los niños, mis compañeros, numerosos colaboradores de esta labor, los que me rodeaban y no se acercaban a este mundo; finalmente aquellos que eran hostiles a la Gente Itinerante y que me dieron la oportunidad de decir lo esencial: el encuentro respetuoso y atento del otro, tan diferente, tan molesto como sea.

Deseo a todos aquellos que se lancen a este tipo de aventuras humanas, que abran suficientemente su mirada y su ser para que les gane la pasión del auténtico encuentro.

Presentación de la Asociación para la Escolarización de los Niños Gitanos (A.S.E.T.)

Documento redactado por el Hermano Camille Verger, primer maestro de Antenas Escolares Móviles.

Ayuda a la escolarización:

De 1971 a 1980, la actuación de la A.S.E.T. se desarrolló principalmente a favor de las poblaciones gitanas sedentarias de la periferia Este de París. Durante todo ese período se puso en práctica un trabajo intenso de **alfabetización y de mediación cultural** entre las escuelas, las familias y la Inspección académica por medio de un equipo sociocultural formado de una quincena de ayudantes escolares voluntarios y animado por dos maestras. Gracias a esta ayuda, decenas de niños gitanos, cingáros y yugoslavos especialmente, pudieron tomar o retomar el camino de la escuela.

Creación de las primeras Antenas Escolares Móviles (A.S.M.):

Sin embargo, alrededor de los años 1980, un problema importante perduraba; el de la desescolarización masiva y el analfabetismo de cientos de jóvenes Itinerantes que circulaban por la periferia parisina.

Quizá no sea inútil recordar en este momento que, de unos 135.000 Itinerantes, total o parcialmente Itinerantes, unos 20.000 se desplazan con regularidad en la zona de la Isla de Francia y los menores de 16 años representan el 45%. La ausencia casi total de espacios de acogida y las expulsiones repetidas de una población a otra hacían y hacen todavía imposible cualquier tipo de escolarización para numerosos niños Itinerantes.

Precisamente, dentro de esta perspectiva, la A.S.E.T. decidió crear en septiembre de 1982, bajo los auspicios de la Enseñanza Católica y con el apoyo de la Enseñanza Pública, la primera "Antena Escolar Móvil" de la región parisina, una escuela sobre ruedas, destinada a alfabetizar a los niños Itinerantes desprovistos

de todos los demás medios de escolarización hasta entonces. Para poder responder a las otras numerosísimas peticiones en temas educativos, por parte de los Itinerantes, con el paso del tiempo debía nacer toda una red de camiones escuela en toda Francia. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas movilizaron a la Enseñanza Pública. En el día de hoy, las 36 antenas móviles de la A.S.E.T. acogen anualmente a más de 5.000 alumnos de quince departamentos; una quincena de antenas móviles suplementarias funcionan paralelamente en Francia por iniciativa de asociaciones educativas y maestros de la Enseñanza Pública.

Motivaciones y objetivos

Desde sus comienzos, los iniciadores de esta red educativa itinerante pretendieron responder a los principios de igualdad, justicia social y libertad de elección, concernientes al derecho de formación reconocido tanto por la Constitución francesa como por la Convención de los Derechos del Niño, ratificada por Francia.

El texto fundador de la ley del 28 de marzo de 1882 en torno a la **formación obligatoria** no hizo más que reforzar esas motivaciones iniciales. En efecto, esta ley fundamental tiene ante todo por objetivo la formación y no la **asistencia escolar**, la cual se presenta a veces como un asunto imposible para muchos niños Itinerantes.

Pedagogía específica

El maestro itinerante de las ASM recibe a sus alumnos con objetivos de aprendizaje y una metodología cercanos a los que sus compañeros maestros tienen en sus clases. Sin embargo, la presencia de la escuela en su ámbito de vida implica necesariamente el comportamiento adecuado del maestro y su adaptación pedagógica, estando ésta centrada prioritariamente en la acogida y el seguimiento escolares de los niños.

Por esta razón es indispensable:

- Tener en cuenta los elementos esenciales de la cultura gitana, como por ejemplo la noción de tiempo y espacio, el clan familiar, la tradición oral, la lengua y el viaje.
- Ser ágil y comprensivo con respecto a los horarios, el ritmo de asistencia, la repartición por edades y por niveles escolares.
- Privilegiar lo relacional; la larga histórica de rechazo vivida por

los gitanos durante cinco siglos y los prejuicios negativos de la mayoría de la sociedad han creado en ellos sentimientos de miedo y rechazo con respecto a la escuela.

- Poner en práctica una pedagogía individualizada y diferenciada que se adapte a cada niño en cuanto a su formación, a partir de la situación donde se encuentra.

- Centrar lo esencial del aprendizaje escolar en torno a Leer-Escribir-Contar; las expectativas de los Itinerantes en este asunto son unánimes.

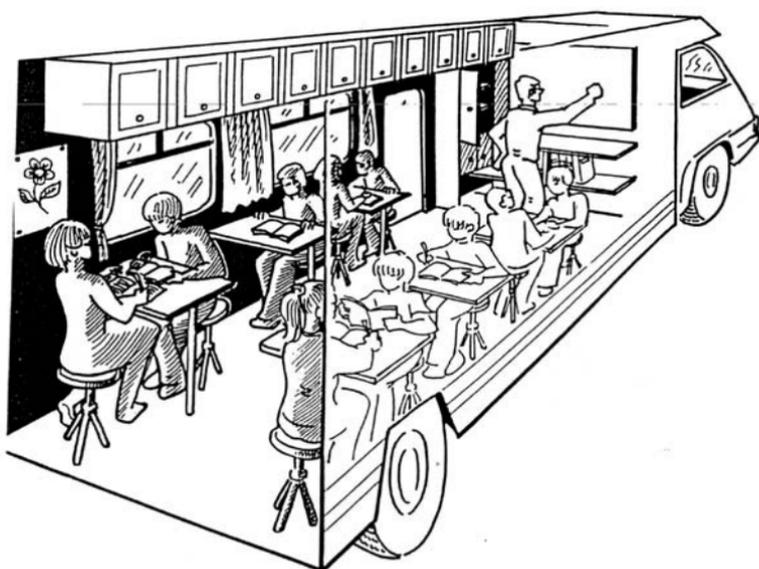
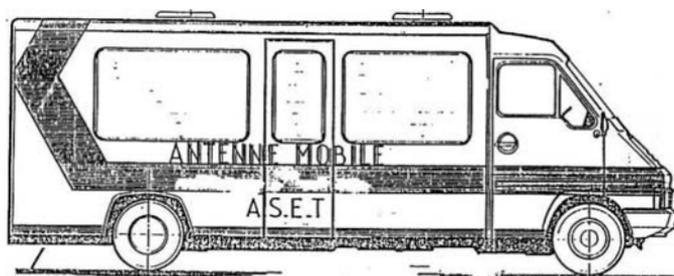
- Hacer adquirir con rapidez una lectura eficaz, porque el niño gitano quiere aprender a leer “rápido... y bien” para poder viajar más fácilmente.

- Dialogar con los padres y ser capaz de descifrar sus necesidades y sus expectativas en cuestión escolar.

Conclusión

Lejos de formar ghettos, las antenas escolares móviles que se crearon con intención de estar lo más cercanas posibles a la realidad del mundo Itinerante, confirman cada vez más que constituyen elementos de apertura, de caída de muros y de gran eficacia al servicio público de la Educación Nacional. Asociaciones como la A.S.E.T. y otras del mismo estilo pueden ser consideradas como elementos de primera importancia en la puesta en práctica de una verdadera educación intercultural. Lejos de ser un obstáculo para la escolarización, sirven de enlace y de catalizadores, asegurando la agilidad y la diversidad necesarias para el buen funcionamiento del sistema escolar, evitando de ese modo toda tentativa de segregación o de asimilación. Las experiencias innovadoras y las búsquedas pedagógicas que todo ello supone, pueden ser provechosas al conjunto de la Educación Nacional.

Plano de un camión escuela



Extractos del diario de la Maestra

Extracto del diario N° 2:

(...) Esta mañana, como todas las demás, Emiliana se ha sentado en el minibús para ir a la escuela. Wesley, a su lado, serio, casi severo le dice: "¿Te has lavado por lo menos?" No hay traza de insulto en estas palabras directas; sólo una preocupación por la limpieza, aunque en estas situaciones todo parece agredir la dignidad. Emiliana no responde. Se encoge sobre sí misma, desalentada. Carmen, su madre, ya le había declarado antes de salir: "¡Vas como una pordiosera a la escuela!" Sin embargo, cada día le prepara bidones de agua para lavarse. Llegados a la escuela, el Director me dice que es imposible tenerla en clase si huele mal como la víspera. Además, se hace el vacío en torno a ella en el comedor y la clase es irrespirable. Vienen quejas de los demás padres. Hablo con Emiliana. ¿Tengo que llevarla a su casa?

La vuelvo a ver, desconsolada en la caravana fría las mañanas de invierno cuando iba con el camión. Horas y horas, dando vueltas ante el barreño sin hacer nada. ¿Qué peso lleva sobre sus espaldas, qué miedo, qué vergüenza? Intento saber si su madre se preocupa de ella como suele decir, si le pone agua caliente, si la dejan tranquila para que se lave. Emiliana mueve la cabeza de forma afirmativa. En vez de llevarla a su casa para que vuelva más tarde a la escuela, vamos donde Geraldina, una compañera que vive a unos pasos de la escuela. Allí, Emiliana quizá aceptará lavarse y sé que encontraremos algo para que se vista limpiamente. Esta propuesta le devuelve la alegría. Porque a Emiliana le gusta el agua. En la piscina, le gusta ducharse y meterse en la bañera grande. ¿Qué misterio esconde la niña? Vuelve hacia mí, silenciosa, todavía vestida cuando resulta que la bañera ya está preparada. Ese pesado misterio, lleno de heridas me da miedo. ¿Qué decir?

¿Cómo estar presente, cercana, permitirte abrir una puerta, Emiliana? Su cuerpo entero parece ser una cárcel prohibida. Su brazo protege su pecho, su cara fija sus pies, su espalda se encorva, sus hombros avanzan como una pared que la protege. Su

silencio y sus gestos bruscos me dejan en las puertas de su intimidad.

Luego, se dejará llevar por la mano hasta la sala de baño, como un niño tranquilizado después de una profunda angustia. Y, terminará lavándose, perfumándose, peinándose vistiéndose con alegría.

Volvemos a la escuela. Por la tarde, de vuelta a su caravana, dejaré al borde del camino esta vida forjada y marcada por su forma especial de ser. Me devuelve a lo impenetrable de lo que nos constituye y nos hiere, a ese repunte de energía que nos permite vivir a pesar de todo.

Con Emiliana, se mantiene un lazo, esa sonrisa en la esquina de los labios cuando nos despedimos, sus burlas llenas de humor cuando nos ocurre algún imprevisto, su mirada mañanera tras el cristal de la ventana, vivaracha, casi feliz, cuando llega la salida hacia la escuela (...).

Extracto del diario N° 6:

(...) La sonrisa de Carmen por la mañana brilla como el sol entre las caravanas dormidas y las llanuras embarradas. Es la primera que se levanta en toda la zona. Cuando vengo a buscar a Emiliana y Tutuna para llevarlas a la escuela ya está fuera sacando agua del bidón para calentarla, recoger algunos trozos de leña para alumbrar el fuego de la estufa y calentar a los que todavía duermen en la caravana.

Me sonrío. ¿Qué hay en esa sonrisa? Para mi, todo el coraje cotidiano de esas familias pobres. La fuerza de recomenzar cada mañana, a pesar del frío, de la noche, del barro en el que resbala en cuanto atraviesa la puerta de la caravana. La fuerza de cuidar lo que queda de espacio vital: hacer la limpieza de la casa, las compras, la comida, la limpieza de la ropa aunque el agua esté helada.

¿Qué hay en esa sonrisa? Para ella, como un primer buenos días, como el lazo que la une a la vida, al exterior, a la dignidad del cuidado por sus hijos.

A veces pienso en los monjes y las monjas que se levantan temprano, y en mi espíritu asocio la tarea cotidiana de Carmen, su sonrisa, su coraje, su fidelidad, a la vida de todos esos seres que

lo han abandonado todo para llevar al mundo en la oración. Como si en algún sitio, en ese recomenzar cotidiano, tuvieran algo en común (...).

Extracto del diario N° 10:

(...) ¡Insoportables! ¡El grupo de niños agota mis últimos restos de paciencia! Sin parar se pelean, se van a mirar por las ventanas, abren y cierran las cortinas, hablan todos a la vez, corren hacia los raíles a verificar su trampa para cazar gorriones.

Me enfurecen:

- "Pero, ¿por qué sois así?"
- "¡Es que, hace tanto tiempo que no has venido!"

En esta respuesta está todo lo que hay que aprender. La precariedad de nuestra actividad condicionada por las reuniones, las urgencias del momento, las gestiones de todo género; todo ello en detrimento de nuestro paso por los campamentos. El deseo de aprender de los niños, la necesidad de la continuidad para conocerse y aprender (...)

Extracto del diario N° 12:

(...) Angélica A., quince años, ha fallecido al cabo de tres días de un tumor en el cerebro.

Lunes 2 de marzo: todas las familias más pobres del departamento se habían reunido en el cementerio. Rostros marcados, apretados, oscuros, tristes. Detrás de ellos, el viento del invierno, el cielo gris y la autopista. Sobre cada uno de los rostros, se lee la pregunta brutal y tenaz frente a la muerte.

Miércoles 4 de marzo, he vuelto a encontrar a los niños de ese grupo. Me hubiera gustado hablar con ellos de esta desaparición brutal. No han dicho nada, absolutamente nada. Entre ellos no se habla de la muerte. Tampoco he dicho nada.

¿Qué derecho tienen al recuerdo y las lágrimas?, ¿Cuál es su memoria?

Esta tradición de no hablar nunca de los muertos, ¿permite olvidar pronto?, ¿no hundirse?

Extracto del diario N° 14

(...) Una blusa se quedó en el camión después de que se fueran

los niños. Fui, caída ya la noche, en busca de la caravana de quien la olvidó.

De repente, una mano tocó suavemente la mía mientras hablaba con algunos padres en torno al fuego que calentaba a cada uno. Era Toni, uno de los niños de mi camión:

- "Claire, ¿vienes también a ver a mi madre?"

- "Si quieres, me gustaría conocerla."

Durante el camino hasta la caravana, Toni prepara el terreno:

- "Tenemos una estufa de leña en la caravana para estar calientes."

Llegados a la caravana, Toni pasa delante y entra el primero. Todo está oscuro en la caravana. Por discreción, me quedo fuera esperando que me invite a entrar. Oigo una voz en la oscuridad y capto dos palabras:

- "Toni... la extranjera..."

Comprendo que la mamá de Toni no desea que vea su vida. En ese momento, la hermana mayor de Toni sale a la puerta para hablar. Me mantengo lo más natural que puedo:

- "¿No está la mamá de Toni?"

- "No."

- "Me hubiera gustado verla y hablar con ella de la salida que vamos a organizar en Navidad."

- "Se lo diré."

- "¡Volveré entonces a verla!"

Toni vuelve a salir de la caravana. Está decepcionado y guarda silencio. Hace una parte del camino conmigo. Para él, ahí estaba la amistad, capaz de superar las barreras y romper los miedos o la vergüenza que a menudo hacen tan difícil el encuentro. Al marcharme, rompo el silencio:

- "Toni, ya veré a tu mamá otra vez"

Y le dejo así continuar su vida (...).

Extracto del diario Nº 16:

(...) La muerte llegó, brutal, aunque ellos se lo esperaran. El Señor M. falleció después de varios años de enfermedad.

La niebla había invadido la ciudad y caravanas de todos los sitios habían venido a acompañar a la familia. Esto no tenía nada que ver con el ambiente cotidiano. Se trataba de decenas de carava-

nas reunidas en una plaza, y en torno a ellas reinaba el silencio. Hasta los niños, a menudo tan juguetones y revoltosos, se callaban.

Un fuego inmenso ardió durante tres noches, signo de luz en las tinieblas; pero también, fuerza capaz de expulsar a los espíritus malignos. La familia estaba allí, la mayor parte de pie, calentándose como podían, primero de un lado y luego de otro. Se hablaba poco, de todo y de nada. Se habían puesto pacas alrededor del fuego para sentarse en ellas. Delicadeza de los que no tienen nada pero que ofrecen lo que pueden para que cada cual se sienta bien. Se servía café, única comida tomada hasta el día del entierro.

Habían encontrado un lugar en el cementerio. A las dos de la tarde del día siguiente, teníamos concertado reunirnos con los pastores para rezar y conducir luego al Señor M. al cementerio.

El día del entierro, la lluvia cayó desde la mañana y la plaza se transformó en un gran barrizal. Había demasiados coches que tenían sus chasis rotos. Nos reunimos en torno a la caravana del fallecido. Maravilla en torno a tan triste ambiente. La habían decorado con gran cuidado poniendo flores; y la paja de los días precedentes, esparcida alrededor, formaba una alfombra seca donde uno estaba a gusto.

Algunos pastores de diferentes grupos cingáros pronunciaron un discurso. Recuerdo mal lo que se dijo, pero vuelvo a ver la expresión del que predicaba. Sus ojos estaban cerrados y su cara vuelta hacia el cielo. No hablaba, gritaba, dirigiéndose a Dios. Era como si le sacudiera, como si estuviera convencido que desde esta tierra tan triste, desde esta situación tan difícil, desde este hundimiento en el "barro" de la tierra, tuviera que surgir el rostro de Dios, su ternura y su ayuda. "¿Por qué no sería así? Uno de los suyos se había ido a la casa del Padre. Ahora tenían a un mensajero junto a Él, capaz de venir en su ayuda, ellos, los desterrados de la tierra, los del gran pueblo errante."

Continuó hablando y recuerdo de su discurso aquello que todo ser parece palpar ante la muerte: ese sentimiento universal ante lo que se nos escapa. Invitaba a todos a amarse, porque sólo eso mantiene nuestros lazos en la tierra, mantiene el recuerdo, nos une más allá del tiempo, en la muerte y en la eternidad.

Acompañamos mucho tiempo al Señor M. por los caminos del cementerio. Los niños corrían entre los pies de los mayores, testigos silenciosos de la vida que va y viene, huye y vuelve. La muerte que tenemos tanta dificultad de explicar a los niños en nuestra sociedad, la estaban viendo igual que los adultos.

Una vez inhumado el cuerpo, nos fuimos con el mismo silencio orgulloso y profundo.

Adiós, Señor Meihnard, responsable ante Dios de tantas familias errantes. ¡Adiós, Señor Meihnard! Me pregunto lo que podría por fin descubrir en ese "lugar" donde desaparece toda injusticia, todo odio, toda violencia (...)

Extracto del diario N° 17:

(...) Nunca podremos alcanzarte, Itinerante. Eres como el viento que pasa: creemos que vas a pararte y te vas.

Llegaba esa tarde al lugar donde habíais prometido quedaros, y sólo encontré un profundo silencio. El huerto de la casa abandonada de donde habíais recogido todo, ese "bendito" lugar donde pensabais, finalmente, encontraros como en casa, estaba cerrado y tampoco ocupabais el rellano delante de ella. Quedaba en el suelo un basurero del que sobresalía una cartera de niño que llevaba el nombre de uno de los vuestros. ¿Iría algún día a la escuela, cuando en la mañana de un día sin sol, todo parece estar parado, y resulta que os expulsan y voláis, dejando sólo algunas señales como para decir que habéis vivido allí algún tiempo?

También estaba vuestro camión y no pude evitar echar una mirada dentro: una caja llena de botellas de cerveza, una caja de herramientas, el motor por el suelo impidiendo él solo la posibilidad de desplazamiento. Otros habían tenido que transportar vuestra caravana a unos kilómetros de allí. Abrí la puerta y descubrí en el único espacio vacío, vuestro perro, con los ojos tristes, tembloroso. "Son incapaces de abandonar a un perro", pensé, y tuve la esperanza de volveros a encontrar muy pronto.

Di algunos pasos más alrededor del camión, buscando algún signo suplementario que hubierais dejado y me acerqué a otras caravanas. También vi que tenían las puertas abiertas; como si la vida os hubiera sorprendido a todos, como si hubiera surgido una necesidad urgente de marcharse...

Más lejos, junto a un montículo, descubrí la base de vuestra caravana, y tuve la impresión de llegar demasiado tarde después de algún drama. También tenía el sentimiento amargo de no haber podido estar allí en el momento de la expulsión; y medía cómo cada vida se encuentra sola en esos desplazamientos, esos dramas y esos problemas por resolver.

Más tarde, nos encontramos y tuve la alegría de ver que un hermano Itinerante vino a traer el camión; y un perro conocido se calentaba cerca de vuestro fuego. Sin decírselo, fue una fiesta volvernos a encontrar. Al mismo tiempo, siento que el viento en vuestro rostro arisco os invitará de nuevo a marcharos un día: expulsados injustamente, o en búsqueda de otros paisajes; sé que volveré a rondar por el lugar que ahora ocupáis, para encontrar las marcas de un pasado y callarme...

Contrariamente a nosotros, Sedentarios, que tomamos tiempo para las despedidas, desaparecéis silenciosamente. No hay por qué dedicar el tiempo a despedidas, porque no es el viaje lo que vais a inscribir en vuestra vida, sois vosotros, vuestra vida entera, la que se inscribe en un viaje incesante (...)

Para compartir

1. ¿En qué aspectos estos extractos del diario nos revelan una Educadora lasaliana?
2. ¿Escribe de vez en cuando en torno a situaciones educativas complejas?, ¿por qué?
3. En caso afirmativo, haga una relectura de sus relatos. ¿Qué le enseñan?